

PÓETICAS DEL VACIADO, PÉRDIDA, POROSIDAD E INACTIVIDAD

Por Mario Guixeras

“Ausencia” (2021), del artista gallego Christian Villamide, es la primera obra de arte contemporáneo en espacio público en el municipio de Huete. Esta intervención se enmarca en la programación del Museo de arte Contemporáneo Florencio de la Fuente.

El proyecto que presentamos desde el MAC Florencio de la Fuente ha consistido en dorar los muros de ladrillo de casi cinco metros de altura, que se levantaron dentro del edificio original de lo que fue el convento de los franciscanos de Huete (desde el siglo XIII a1827) cuya fundación está atribuida al propio Francisco de Asís.

La OBRA DE Christian Villamide ésta próximas a lo que fue la entrada de la nave de la iglesia. Al fondo de este espacio vemos crecer los árboles más altos, situados en el lugar que habría pertenecido al retablo (muy probablemente decorado en su momento con pan de oro). La imagen resultante nos sugiere reflexionar entorno a la metamorfosis de la madera de los árboles. Ahora vemos un espacio arquitectónico cubierto de maleza y vegetación, que da cuenta muy explícitamente de una relación de coproducción siempre en proceso entre lo natural y lo cultural.

Esta relación es característica en los proyectos del artista lucense. Si bien su interés fundamental se sitúa en la reflexión y acción desde el paisaje, cuando atendemos a proyectos que se realizan en el exterior no asistimos normalmente a prácticas naturalistas. En cambio, se sirve de modos de hacer cercanos a su contexto real: urbanizado, procesado, complejo y polimorfo. De esta manera, encontramos en las intervenciones e instalaciones de Villamide una amalgama de materiales o procedimientos creativos que fluctúan entre lo puramente natural y lo estrictamente industrial.

Aun así, no podemos confundir estos procedimientos materiales con intervenciones en el paisaje de carácter constructivo o invasivo. No veremos en Christian una estética de la apropiación del espacio. Por el contrario, en este como en otros casos, nos ofrece una participación con el contorno.

Un diálogo reflexivo y poético desde una mínima intervención como es la de la pintar dos muros que, en este caso, además está previsto sean derribados en el momento en que comience la nueva rehabilitación y transformación de la antigua harinera y de las ruinas del convento franciscano. El resultado es una intervención de carácter temporal que reactiva el espacio enmarcándolo a través de los muros, entre los cuales respira un vano de cuatro metros y medio de anchura, y que los transforma en paredes de un portal.

Este binomio portal-muro” acepta una analogía con el torii de Japón: esas “puertas” exentas situadas en el espacio que precede al templo, que permiten no distinguir entre “salir” o “entrar” , y que nos sugieren cuestionar a qué lado de la puerta se sitúa el “espacio sagrado” y a cual el profano. De este modo, “Ausencia” es plenamente consciente tanto de su condición material como del vacío al que alude.

El acto de dorar un material cotidiano (un proceso que es común en muchas culturas y civilizaciones), convierte a este en algo extraordinario, que reclama ahora nuestra atención desde una perspectiva muy distinta. La luz o el resplandor que produce un material dorado es considerado signo de sabiduría, y alude a un aprendizaje más allá de lo conocido. Sin embargo, del mismo modo, Christian nos hace recordar también la idea de “el dorado” como constructo mental del lugar idílico, relacionado con un deseo histórico por lo exótico, que conlleva su dominio y su explotación sistemática.

Me parece pertinente hacer alusión a aquella fulminante declaración del cacique de la tribu Comogre Panquiaco: “Si yo supiera, cristianos, que sobre mi oro habíades de reñir, no vos lo diera, ca soy amigo de toda paz y concordia. Maravillome de vuestra ceñera y locura, (...) y que siendo tan amigos

riñáis por cosa vil y poca.” El proceso de dorado de Villamide no requiere no requiere de grandes expediciones ni ambiciones. Resignifica esta memoria colectiva, planteando un “Dorado” que pertenece a nuestro entorno inmediato, a nuestro día a día. Visibiliza un valor que permanecía oculto entre nosotros.

La obra nos invita así a cambiar de estado a través del vano central, a cruzar el umbral que nos lleva hacia el “interior del bosque”. Aquí, se activa la frondosidad como analogía de lo oculto y lo desconocido. El bosque mitificado es una característica común a infinidad de culturas. El bosque sagrado, el bosque encantado, el bosque de la nostalgia el bosque idílico, el bosque como origen...

Este recurso mítico interesa a Christian en tanto que abre reflexiones en torno a la identidad espiritual de la naturaleza, que en este caso se abre camino además a través de los restos de un santuario cristiano. A este respecto recordamos el mito de origen celta del “hombre verde” (Greenman) referente a una deidad vinculada al ciclo del tiempo, al triunfo de la vida sobre la muerte... Y que a pesar de ser pagana se ha encontrado representada en infinidad de iglesias románicas y góticas españolas /ej.: Catedral de León), normalmente como una cara que mezcla atributos humanos y vegetales; y que vemos en frisos, capiteles etc. Asistimos aquí a una articulación entre lo natural y lo cultural como elementos que atienden desde una perspectiva unitaria a un aspecto cultural.

La ausencia que plantea Villamide en esta intervención no sólo facilita relecturas sobre antiguos modos de pensar el mundo, sino que es una preocupación más que pertinente. La puesta en valor del “vacío” o del “hueco” actúa en respuesta a la sociedad de rendimiento actual. Es preciso tener presentes los rasgos de producción, hiper-reacionabilidad e hiperactividad que caracterizan nuestra forma de vida para acercarnos a la obra. Esta omisión, esta falta, que visibiliza la intervención de Christian, puede entenderse desde la perspectiva nostálgica que de forma natural nos ofrece cualquier sensación de pérdida, o puede además ofrecer una atmósfera determinada, capaz de poner resistencia al horror-vacui postmoderno.

Una atmósfera afirmativa en sí misma como espacio para generar otros modos de encuentro, donde la porosidad facilite la respiración, y la vacuidad signifique la afirmación derivada de una necesidad; la de dejar de capturar, de conectar, de producir. La afirmación de la ausencia como un valor en sí. Asistimos por un lado a una sensación de pérdida que nos permite reflexionar sobre la historia de esta localización: “me interesa todo el poso cultural y la transformación de este espacio a través de los siglos” explica Christian. El carácter contextual de la intervención nos atrae, por otra parte, al presente, a este lugar en concreto. Los cambios que la luz del sol genera sobre los muros, haciéndolos brillar con mayor o menor intensidad, el sonido del aire y las sombras de los árboles balanceándose sobre los ladrillos, materiales aglomerados entre sí referentes a distintas épocas y funciones, las plantas que cubren como una alfombra el suelo de las ruinas. En *El Ocaso de los Dioses*, Nietzsche expone: “Acostumbrar al ojo a mirar con calma y con paciencia, a dejar que las cosas se acerquen al ojo”.

La experiencia de lo ausente a veces permite este ejercicio de desaceleración y participación reflexiva de nuestro contexto. Una actitud poética hacia la realidad hace visibles esas ausencias. Esta interacción de Christian Villamide no es más (ni menos) que un foco sobre la realidad de un lugar, que nos invita a repensar en las maneras en las que continuamente transformamos el mundo, en cómo lo vaciamos o lo llenamos de nuevo, y en cómo lo ausente forma parte ineludible de nuestras vidas.

Mario Guixeras